

MÉDICOS ARTISTAS

UN TOCÓLOGO LITERATO Y UN OFTALMÓLOGO ESCULTOR

POR EL

DR. JUAN FERNÁN PÉREZ

MADRID

CUANDO el minúsculo gran barbudo Letamendi dijo que «el médico que sólo Medicina sabe, ni Medicina sabe», y cuando se ha afirmado que «el médico ha de saber serrar con el martillo y clavar con la sierra», se sentaban apotegmas incontrovertibles, verdades inconcusas que los hechos cotidianos de la vida real, madre de tantas verdades y enseñanzas, había de confirmar a cada paso.

Hoy traemos a las páginas de esta prestigiosa revista, que ostenta con garbo juvenil el decanato de la Prensa médica española, CLÍNICA Y LABORATORIO, dos pruebas de esta necesidad de que el médico distraiga sus ocios con el cultivo de un «violín de Ingres» que le libere de las angustias y penalidades del duro ejercicio profesional, con actividades en todo dispares a la exploración clínica, del aquilatar cuidadosamente el valor real de tal o cual síntoma y del meditar sobre qué poringue terapéutico habrá de inferir menos daño al pacienzudo paciente que en nuestras manos se puso.

EL CASO LORÉN

El revuelo producido en el mundo de las Letras al difundir la radio por todos los ámbitos del espacio que el gran Premio Planeta había sido otorgado, después de laboriosa y difícil votación, a un escritor apenas conocido, médico en activo que cultiva la difícil e inquietante especialidad de la tocoginecología en una ciudad tan histórica como la antigua Babilis, nuestra vecina Calatayud, don Santiago Lorén, produjo también en nosotros una viva e inmensa satisfacción y buceamos por el mundo literario madrileño para ver de dar con él, conocerlo y charlar de sus aficiones, de su formación literaria, de su sorpresa y a la vez su esperanza de obtener el preciado galardón de las cien mil pesetas concedidas por una Editorial de rumbo—que no en vano está al frente de ella un sevillano castizo—, hasta leer que iba a celebrarse en la Escuela de Periodismo un coloquio sobre el tema, con asistencia del autor afortunado que tantos y tan diversos comentarios había creado a su alrededor, al saltar casi del anonimato literario a la cúspide de la más brillante fama.

Y asistimos, curiosos, al coloquio de Prensa celebrado para hacer entrega al doctor don Santiago Lorén Esteban del Premio Planeta, y en verdad que

salimos muy complacidos, porque nuestro ilustre colega triunfó en toda la línea y fué calurosamente ovacionado varias veces al terminar sus agudas respuestas al acuciador interrogatorio a que fué sometido, y eso que en varias ocasiones el presidente del acto, director general de Prensa, don Juan Aparicio, que con habilidad y energía dirigió el debate, calificó de «impertinentes» algunas preguntas formuladas.

Luego visitamos al doctor Lorén en el hotel en que se hospeda, para comunicarle, en nombre del presidente de la Asociación de Médicos Escritores y Artistas, doctor don Carlos Blanco Soler, su nombramiento de miembro numerario de la misma, invitándole a desarrollar un tema literario en alguna de las próximas sesiones de la Asociación.

Y es claro que, de pasada, quisimos aprovechar la oportunidad para hacer a nuestro colega, que tan brillantemente ha alcanzado la fama literaria de la noche a la mañana, algunas preguntas a manera de interviu:

—¿Por qué estudió usted Medicina?

—Por pura vocación. Yo nací en Belchite, hace treinta y cinco años, de una familia muy modesta. Pero tuve la fortuna de destacarme en la primera enseñanza y que me concediesen una beca para continuar los estudios del Bachillerato y de la Facultad.

—¿Fué usted buen estudiante?

—Creo que lo fuí; primero, por la propia satisfacción y deseo de aprender, y después, para corresponder al favor que se me hacía concediéndome el apoyo material necesario para estudiar. Obtuve el premio extraordinario del Bachillerato y el de la Licenciatura en la Facultad de Medicina de Zaragoza, habiendo alcanzado en la mayoría de las asignaturas la alta calificación de matrícula de honor.

Pero esto lo refiere el doctor Lorén sencillamente, sin énfasis y como la cosa más natural y corriente en su vida escolar.

—¿Cómo fué el especializarse en Obstetricia y Ginecología?

—Fué por la decisiva influencia que en mi espíritu ejerció un maestro ejemplar, tanto por su magnífica preparación científica y didáctica como por su elevado espíritu social. Me refiero al actual catedrático de la especialidad en la Universidad de Barcelona, que antes lo fué en Zaragoza, doctor don Manuel Usandizaga Soraluze, con el que fuí alumno interno y profesor ayudante de la Facultad. Y de él aprendí, no sólo la técnica material de esta difícil y delicada especialidad de enfermedades de la mujer, sino el depurado fondo deontológico que es preciso poseer para desempeñarla. También ejercieron sobre mí beneficiosa influencia médica el profesor don Pedro Ramón y Cajal y el profesor Ramón Vinós. Después fui médico interno en la Maternidad de Zaragoza, y más tarde, director de la Maternidad de Mallorca.

—Claro es que todos estos puestos los obtendría usted mediante veñidas oposiciones.



EL DOCTOR LORÉN

—Naturalmente. Yo creo que la oposición es una forma incompleta y deficiente para ocupar un cargo; pero en España, mientras no se demuestre lo contrario, es la manera que ofrece más garantías de acertar en la designación.

—¿Qué otras oposiciones ha ganado usted?

—Las de tocólogos municipales para poblaciones de más de doce mil habitantes. Por cierto que como guión de estudio para estos ejercicios me sirvieron maravillosamente las contestaciones ajustadas al programa escritas por usted precisamente, con la colaboración del doctor García Guijarro.



EL DOCTOR DON SANTIAGO LOREN, DURANTE SU INTERVENCIÓN EN EL COLOQUIO CELEBRADO EN LA ESCUELA OFICIAL DE PERIODISMO, PRESIDIDO POR EL DIRECTOR GENERAL DE PRENSA, SEÑOR APARICIO, Y EN EL CUAL LE FUE ENTREGADO EL PREMIO LITERARIO DE LA EDITORIAL «PLANETA»

—Efectivamente. Ahora recuerdo que con este motivo mantuve con usted frecuente correspondencia, y usted figuró entre los muchos colegas que me felicitaron por mi campaña para que no se dieran las plazas a los interinos, la mayoría de los cuales habían estado dedicados a otras especialidades, como aquel laringólogo que, por ser sobrino del alcalde, le había nombrado tocólogo...

Reimos y comenta:

—Vea usted cómo a veces son muy necesarias las oposiciones. Ese laringólogo no tuvo el valor de presentarse a los ejercicios de Tocología.

—¿Y cómo fue el establecerse usted en Calatayud?

—Calatayud es una gran población, es casi una pequeña capital. Está situada en un centro de comunicaciones extraordinario, y aun cuando allí ejercemos cerca de cuarenta médicos, creí que habría también campo para mí, como es-

pecialista. Monté una clínica con varias camas, y estoy francamente satisfecho del éxito logrado como tocoginecólogo.

—*Casi tan grande como el que acaba usted de alcanzar ahora en el campo literario.*

—Aun estando muy satisfecho de este triunfo de ahora, debo confesarle que lo estoy mucho más del que he conseguido como facultativo, porque yo, antes que todo, soy médico, aun cuando esta afirmación pueda molestar—injustamente, desde luego—a los literatos, en cuya dilecta compañía también me encuentro muy a gusto. Los que estudiamos la Medicina por vocación seremos siempre médicos por encima de todo. Esta es la razón por la cual considero como muy de agradecer la distinción que acaba de comunicarme usted de nombrarme miembro de número de la Asociación de Médicos Escritores y Artistas.

—*Todo esto quiere decir que continuará usted viendo enfermas y escribiendo novelas, ¿no?*

—Efectivamente. Continuaré viendo enfermas y en mis ratos de ocio trasladaré a las cuartillas las numerosas enseñanzas que nos ofrecen los enfermos, que son infinitamente más interesantes que las que proporcionan los individuos sanos.

—*¿Sería indiscreto preguntarle cuánto gana usted como médico?*

—Don Juan Aparicio le habría atajado a usted con su anatema del coloquio: «Impertinente». Pero yo no tengo autoridad para aplicarlo a su pregunta, y le diré que ganó lo suficiente para vivir bien, a pesar de que tengo cuatro hijos. Si le dijera el cuánto, no lo creerían muchos de sus lectores, que a unos les parecería mucho y a otros demasiado poco.

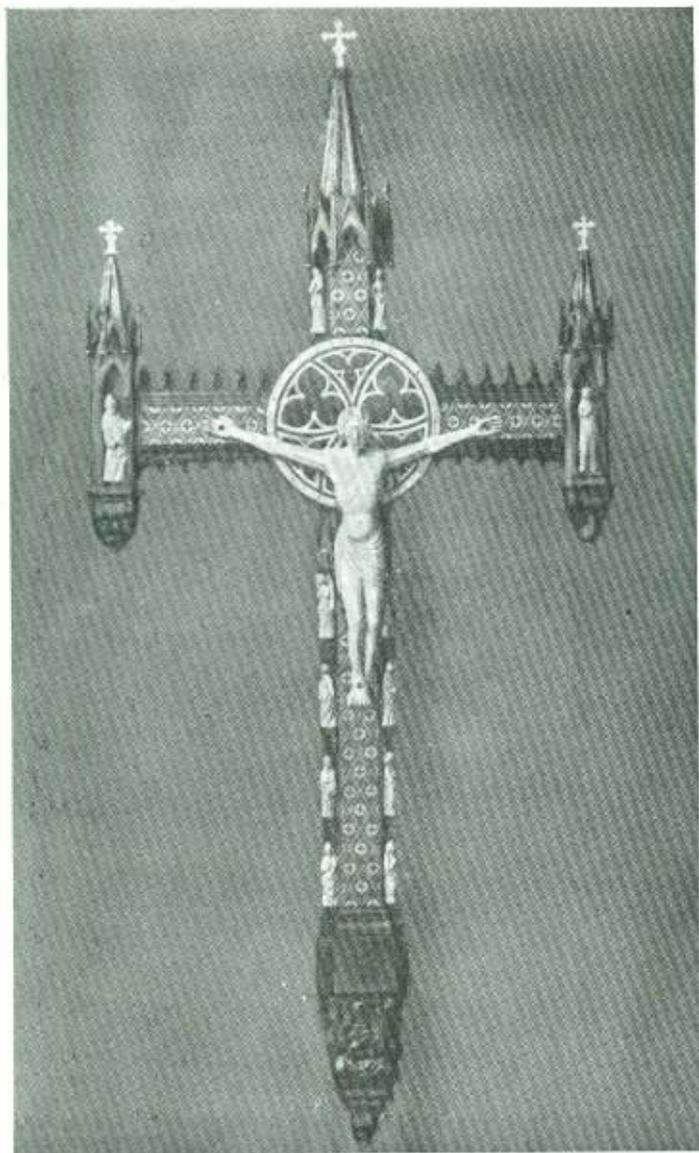
El doctor Lorén vuelve con sus amigos y yo hago mutis por el foro, para hablar a ustedes, mis amables lectores, de otro caso extraordinario, pero en cuya génesis artística han influido poderosamente otras graves razones. Me refiero al

CASO DEL DOCTOR CILLERUELO

Camino de León, nos hemos detenido una hora en Valladolid para conocer el estudio de este ilustre oftalmólogo que se llama don José Cilleruelo Zamora, que alterna el manejo del oftalmoscopio con el del barro de modelar y la gubia del tallista con sin igual maestría. Y, efectivamente, cuando llegamos a su domicilio lo encontramos explorando el fondo del ojo de un enfermo. Es el último paciente de su consulta de hoy. Momentos después nos encontramos en su estudio de escultor, en el que contemplamos muchas obras terminadas y otras comenzadas a modelar en el barro, vaciadas en escayola o bloques de maderas nobles comenzadas a tallar.

—*¿Cómo se le ocurrió a usted hacerse escultor?*—le preguntamos, un poco intrigados al contemplar la profusión de su labor como tal.

—Siempre he sentido una gran atracción por la Anatomía, que debe ser el fundamento esencial en la formación de un médico y de un escultor. Ya de estudiante modelé casi todos los huesos del esqueleto humano, y aun debo de tener por ahí un esfenoides hecho por mí, que me valió la mejor calificación de nuestro catedrático de Osteología. Luego, una de mis distracciones favoritas ha sido visitar horas y horas, en muda, admirativa y acuciada contem-



PRECIOSA IMAGEN, TALLADA POR EL DOCTOR CILLERUELO, QUE FIGURÓ EN LA PORTADA DE RELACIÓN DE OBRAS PRESENTADAS EN SU ÚLTIMA EXPOSICIÓN.

plación y estudio, las magníficas obras de nuestros imagineros que se conservan en ese maravilloso Museo Nacional de Escultura Policromada, verdadera joya vallisoletana.

—¿Cómo inició usted su proyecto de tallar una serie de Cristos y hacer con ellos una exposición?

—Sencillamente, por reacción ante una actitud que consideré injusta para conmigo. Verá usted. Hace unos cuantos años observé que un Cristo de autor desconocido, pero de excelente factura, que salía en una procesión, presentaba una marcada carcoma en un brazo y en la misma cruz que lo sostiene. Y entonces me permití ofrecerme a la Cofradía propietaria de la imagen para restaurarla desinteresadamente, con el único fin de evitar la contemplación del deterioro, que no podía ser agradable a la vista de los fieles. Pero como no eran conocidas mis capacidades como tallista, la Cofradía fué dando largas, diplomáticamente, a la aceptación de mi ofrecimiento, y entonces me propuse demostrar que no sólo podía haber hecho la elemental restauración de un brazo carcomido, que, en fin de cuentas, no era más que una lección de práctica de anatomía superficial, sino que estaba capacitado para tallar toda una serie de Cristos que pudieran merecer el honor de ser sometidos al juicio de la crítica y de los visitantes de una exposición.

—¿A eso se llama tener amor propio, doctor Cilleruelo?

—Sí, señor. Me supo mal aquella desconfiada actitud de algunos, y, en fin de cuentas, ahora he de agradecerla, porque sin aquel estímulo aun continuaría examinando conjuntivitis y cataratas y acaso hubiese encontrado otro «violín de Ingres» que me aliviara de las preocupaciones del ejercicio profesional de la Medicina. Y he elegido la escultura porque la considero como el verdadero arte de expresar la belleza mediante la imitación e interpretación plástica de la forma humana.

—¿Y qué elementos estéticos cree usted que hay en su obra?

—Los tres elementos esenciales de toda obra escultórica: la actitud, la expresión y el movimiento. La actitud debe buscarse de manera que ponga de relieve la forma corpórea, e indirectamente, la espiritual. Y en mis Cristos he procurado exaltar los valores anatómicos, sin olvidar la espiritualidad que debe fluir del Crucificado. La expresión es la propia representación del gesto y constituye la nota característica del arte de la Edad Media, y aun del arte moderno, que ha logrado obras de expresión y sentimiento verdaderamente admirables. Y el movimiento representa el dinamismo de la figura, y aun en la quietud estática y dolorosa de los Cristos que yo he tallado verá usted un evidente dinamismo que fluye dolor. Y vea usted en este San Francisco de Asís que tengo aquí, tallado a tamaño natural y policromado, la actitud, la expresión y el movimiento que debe lucir toda obra escultórica, por elemental que se la considere.

—Efectivamente, doctor Cilleruelo, este San Francisco es admirable por todos conceptos. Pero, ¿por qué no lleva usted a su exposición en el Círculo de Bellas Artes de Madrid nada más que figuras del Crucificado?

—Porque he deseado, ante todo, someter al conocimiento del público este aspecto de mi arte casi de miniaturista. Ninguno de los Cristos que expongo llega al metro, incluida la cruz, que, naturalmente, también es obra personal

y exclusivamente mía, y en algunas de las cuales he añadido estatuitas e incrustaciones que les dan un alto valor decorativo.

—¿Qué maderas ha utilizado para esta ingente obra suya?

—Los Cristos han sido tallados en boj, nogal, palo rojo, ébano, enebro, aléopis y caoba, y las cruces llevan incrustaciones muy cuidadas de diversos elementos, como el nácar, la concha, el cobre e incluso maderas de otro color. ¿Cree usted que gustarán en Madrid? —nos pregunta a su vez el doctor Cilleruelo.

—*Tenemos la absoluta seguridad de que su exposición constituirá un gran éxito y un brillante galardón más para la imaginería vallisoletana. En muchos de sus Cristos encontramos perfectas evocaciones de la técnica de Berruguete, de Juan de Juni, de Gregorio Fernández, y su colección constituye un verdadero historial de la escultura del Crucificado, desde los toscos de mediados del siglo XI hasta los estilos más modernos, como el de estilo cubista, que, a pesar de su aparente extravagancia, lo encontramos a'tamente decorativo. En conjunto, su colección de Crucificados representa un titánico esfuerzo y una capacidad artística y de trabajo dignos de las mayores alabanzas.*

Y vean ustedes por dónde este especialista, que, ya rebasados los sesenta años, no tuvo inconveniente en venir a Madrid a hacer oposiciones a la plaza de oftalmólogo del Seguro Obligatorio de Enfermedad, «pisándose» otro colega que, sin duda, estaría más afortunado que él; se encontraba privado de una buena parte de sus clientes, cuyos ingresos serán ventajosamente reemplazados con sus trabajos de escultor, en los que no ha de tropezar con la necesidad de hacer nuevas oposiciones...

La Asociación de Médicos Escritores y Artistas ha patrocinado su exposición, y en la sesión inaugural el doctor don Carlos Blanco Soler, en su calidad de presidente de esta Asociación, pronunció un elocuente discurso tratando del tema «El médico ante la muerte de Cristo»; el doctor Castillo de Lucas ha disertado en el mismo Salón Minerva, del Círculo de Bellas Artes, sobre las siguientes cuestiones: «Cristo y la Medicina popular», «Concepto religioso popular de Cristo», «Dichos, refranes y coplas sobre Cristos españoles», «Tradiciones y leyendas sobre Cristos populares», «Milagros y milagrerías sobre imágenes de Cristo», «El Cristo de la Salud y los de otras advocaciones», «Devociones, romerías, gozos y ex-votos de enfermos», «La Iglesia ante la fe popular y la ciencia médica».

El día de la clausura, el autor de estas páginas también ha querido sumarse al homenaje al doctor Cilleruelo, disertando sobre el amplio tema de «Arte, Historia, Literatura y Medicina».

Y la Asociación de Médicos Escritores y Artistas ha festejado al eminente doctor Cilleruelo celebrando en su honor una junta general, a continuación de un fraternal banquete.